

Unidad de pensamiento y acción

Jorge del PRADO,
Secretario General del CC
del Partido Comunista Peruano (PCP)

Como es sabido, en el desarrollo histórico de cada país operan factores objetivos determinados por su evolución económico-social, influida a su vez, tanto por las condiciones específicas nacionales como por los acontecimientos del mundo que le rodea. Operan también factores subjetivos, generados por la acción consciente de los hombres y, principalmente, por quienes asumen el papel de conductores de las clases y capas sociales creadoras de la riqueza e impulsoras de la revolución nacional y el progreso social. El papel de estos dos tipos de factores es siempre determinante, pero cobra mayor importancia y se hace más notable en circunstancias excepcionales, en aquellos sucesos que marcan avances cualitativos. Se comprenderá que cuando nos referimos a los factores subjetivos y al papel de los dirigentes, no estamos sobreestimando sus cualidades personales; estamos aludiendo, con criterio marxista, a la actuación de esas personalidades como intérpretes de los intereses y anhelos de las clases revolucionarias y de las masas populares, así como de las necesidades históricas del país determinado y del mundo en constante desarrollo. No estamos refiriéndonos a las hazañas individuales, sino a los acontecimientos sociales y políticos más trascendentales.

En 1984 se ha conmemorado el 90 aniversario del nacimiento de José Carlos Mariátegui¹ y el 54 de su muerte. La vida y la obra de este insigne revolucionario repercutieron grandemente en la propagación y el desarrollo de las ideas marxistas-leninistas no sólo en su patria, el Perú, sino en toda América Latina. No obstante el tiempo trans-

currido, su pensamiento y acción práctica concitan creciente interés en vastos sectores del movimiento comunista internacional.

La obra de Mariátegui, que saludó con entusiasmo la Gran Revolución Socialista de Octubre, aborda importantes problemas tales como la correlación de lo nacional y lo internacional en el movimiento revolucionario, la dictadura del proletariado, la cuestión de las nacionalidades en el contexto de los países andinos con población indígena mayoritaria o importante, el problema agrario, la interacción de la revolución y la cultura, y otros temas en torno a los cuales se está librando, hoy también, una reñida lucha ideológica. Se da así el caso de un ideólogo y dirigente comunista cuya influencia intelectual no sólo se mantiene viva y dinámica, sino que continúa creciendo después de su muerte.

La historia ratifica...

En el Perú han ocurrido, después del fallecimiento físico de Mariátegui, muchos hechos promotores de importantes modificaciones estructurales y que han ratificado el acierto de sus previsiones; avances que, en determinados casos, han impulsado o tienden a impulsar el proceso revolucionario. Sin entrar aquí en un análisis integral de este desarrollo, destacaremos sólo dos fenómenos que distinguen en apreciable medida nuestro acontecer político del de otros países latinoamericanos. Estamos refiriéndonos, concretamente, al proceso antiimperialista y antioligárquico protagonizado por el gobierno del general Velasco, entre 1968 y 1975, y a la formación de Izquierda Unida (IU) y su exitosa participación en las elecciones municipales de noviembre de 1983.

En lo esencial, el «fenómeno peruano» —expresión con la que se designó fuera de nuestro país al gobierno del general Velasco— fue, en aquellos años, parte del contexto general latinoamericano integrado también por un movimiento parecido en Panamá bajo la dirección del general Torrijos, en Bolivia jefaturado por el general Torres y, en sus rasgos fundamentales, también, por el triunfo de la Unidad Popular en Chile, que llevó al poder al gobierno

de Salvador Allende. Asistíamos entonces a un auge vigoroso del movimiento antiimperialista continental, alentado no sólo por los éxitos, ya tangibles, de Cuba y la construcción del socialismo en ese país hermano, sino también por la contundente derrota del imperialismo norteamericano en Vietnam y el ascenso de las luchas de liberación nacional en todos los países considerados del «Tercer Mundo». En Chile, el factor subjetivo fundamental fue la unidad lograda por los partidos de izquierda y, sobre todo, la unidad socialista-comunista. En el Perú, Panamá y Bolivia, desempeñaron un papel de similar importancia las luchas antiimperialistas enrumbadas principalmente hacia la nacionalización del petróleo en nuestro caso, hacia la recuperación del Canal en el caso panameño y hacia el establecimiento de un gobierno nacionalista-democrático en el de Bolivia. En todos estos casos, se sumó al empuje liberador de los pueblos —factor insuficientemente desarrollado entonces— una corriente nacionalista revolucionaria en determinados sectores de las Fuerzas Armadas, que se encontraban, al mismo tiempo, profesionalmente decepcionados del poderío militar norteamericano y enconados con los gobernantes de esa potencia imperialista por su conducta opresora con nuestros pueblos y prepotente con sus ejércitos.

Esos son los rasgos comunes o muy similares de este nuevo, singular y el más importante ascenso de la lucha liberadora en los cuatro países mencionados. En lo que atañe al Perú, la evolución de los militares patriotas hacia posiciones radicales de carácter antiimperialista y antioligárquico se inspiró también, en gran medida, en el pensamiento de Mariátegui, en el análisis y las tesis contenidas en sus *Siete ensayos*. El general Velasco reconoció expresamente esta influencia en su discurso proclamando la Reforma Agraria y al fundamentar el «Plan Inca»². Y en nuestro país nadie desconoce que el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), formativo del pensamiento político de los oficiales de inspiración patriótica que participaron en el pronunciamiento del 3 de octubre de 1968³, contó entre sus principales textos referidos a la estructura de la sociedad peruana y su evolución, la obra clásica del Amauta⁴.

En cuanto al significado de Izquierda Unida y su razón de ser, corresponde reconocer, en primer término, que se trata de una aplicación concreta de la táctica del frente único, válida y aplicable en cualquier país cuyos pueblos luchan por su liberación. No puede atribuirse, pues, en el caso peruano, sólo a la influencia del pensamiento de Mariátegui. Lo que sí podemos afirmar es que Mariátegui difundió aquí este principio para llevarlo a la práctica en el movimiento obrero.

En la experiencia actual de participación del PCP en Izquierda Unida merece singular atención el alto grado de cohesión política de las fuerzas que la integran. Nosotros la entendemos como una unidad no sólo progresista y democrática, sino antiimperialista y revolucionaria, lograda en el Perú gracias al alto nivel de lucha por la liberación nacional y social. Para nosotros son ejemplos de unidad Cuba, que construye el socialismo; Nicaragua, que derrotó el somocismo y reconstruye el país en forma independiente y democrática, y El Salvador, donde las fuerzas revolucionarias dirigidas por el FMLN—FDR⁵ libran frontalmente y con las armas la lucha por el poder popular.

¿A qué se debe esta relativa singularidad de nuestro desarrollo? Por supuesto, no se debe sólo a la creciente radicalización de los trabajadores, determinada por la crisis económica y la política entreguista y antipopular de las clases gobernantes, coligadas con el imperialismo norteamericano. Semejantes factores objetivos operan en todos los países no liberados de América Latina y el Caribe. En el caso peruano operan también en el aspecto subjetivo, además de la actividad de nuestro partido, otros dos factores.

Uno es el apreciable desarrollo de la conciencia social de clase y antiimperialista, y el correspondiente nivel de organización de los trabajadores y las grandes masas populares. Desarrollo fuertemente impulsado durante el gobierno de Velasco, al calor de las conquistas patrióticas, antilatifundistas y laborales logradas entonces.

Otro es la difusión y enraizamiento de las ideas de Mariátegui con la fuerza persuasiva de su análisis, procesado con más intensidad precisamente a partir de esas importantes reformas estructurales. El hecho de haber avanzado

nuestro país un trecho en el camino de esos cambios y el haber comprobado una gran parte de nuestro pueblo que ellos obedecían a una necesidad histórica objetiva, encarándonos a la tarea de defender y completar tales logros —ahora en desmontaje—, ha generado en la intelectualidad avanzada, y especialmente entre los más lúcidos economistas, sociólogos, científicos y técnicos, un creciente interés por profundizar en la investigación de nuestra realidad, tomando como modelo a Mariátegui y a partir de lo que él hizo. De ahí que todos, o casi todos, los partidos integrantes de IU y los intelectuales sin partido que militan en este frente se reclamen mariateguistas. Esto no significa, desde luego, que ellos alcancen la justa orientación marxista-leninista del Amauta ni que los mencionados partidos compartan realmente la concepción partidaria de Mariátegui o que estén en condiciones de reemplazar al partido que él fundara.

Las deformaciones del pensamiento y la imagen de Mariátegui

Lo que acabamos de anotar resulta, a nuestro juicio, altamente valioso para apreciar a cabalidad la orientación marxista-leninista y perdurabilidad del legado de José Carlos Mariátegui. Se trata del autor peruano más leído⁶ y el que ha concitado mayor cantidad de libros y ensayos destinados a juzgar su obra. Es interesante y útil examinar el problema desde otro ángulo visual, relacionándolo con el motivo de los tenaces esfuerzos que algunos «teóricos» vienen haciendo por mistificar su mensaje y distorsionar el contenido de su obra. Nuevamente se confirma lo que decía Lenin: «En vida, a los grandes revolucionarios las clases opresoras los hacen víctimas de constantes persecuciones; combaten sus doctrinas con la perfidia más salvaje, con la más desenfadada campaña de mentiras y calumnias. Después de muertos, se intenta convertirlos en santos inofensivos, canonizarlos, rodear sus nombres de una aureola celestial, con el objeto de «consolar» y engañar a las clases oprimidas, castrando el contenido de su doc-

trina revolucionaria, mellando el filo revolucionario de ésta, envileciéndola»⁷.

En trabajos de autores no marxistas consagrados al legado del gran revolucionario peruano, que aparecen durante los años 70 y 80, ya no se trata simplemente de una reedición de la vieja polémica, sino de apoyarse en su prestigio deformando sus ideas. En el desarrollo general de la controversia en torno a la herencia ideológica del Amauta, lo correcto es distinguir dos etapas y dos tendencias. La correspondiente, en lo fundamental, a la primera etapa, podrá denominarse simplemente la de los tergiversadores, empeñados, sobre todo, en desprestigiar a Mariátegui como introductor del marxismo-leninismo en el Perú y como fundador del Partido Comunista. La segunda puede ser caracterizada como la de los revisionistas y engloba a todos los que, en los últimos tiempos, no atacan frontalmente los postulados teóricos de Mariátegui, pero sí los interpretan a su manera, exagerando la importancia de algunos autores citados por él y la de algunos términos y conceptos ajenos al lenguaje marxista-leninista.

Los argumentos con que unos y otros cuestionan la autodefinición marxista de Mariátegui son, muchas veces, coincidentes. Pero, mientras que los primeros tratan de minimizar la trascendencia del legado de Mariátegui, pretendiendo atribuirle una supuesta inconsistencia ideológica, los segundos se empeñan en el ímprobo esfuerzo de descubrir en las obras del Amauta la creación de una doctrina propia, «nacional», o de una versión original del marxismo «peruano», que nada tendría que ver con el leninismo.

No vamos a detenernos en la refutación de la primera tendencia. Hace rato quedó bien claro su carácter anti-marxista desembozado. Merece la pena, en cambio, examinar, aunque sea resumidamente, el contenido de la segunda tendencia, que, siendo nociva por sus efectos confusionistas, no obedece en muchos casos a un propósito reaccionario y, en ocasiones, expresa incluso un determinado grado de avance en la evolución ideológica y política de sus portavoces, sin descartar la posibilidad de que esa evolución alcance ulteriormente su completa madurez. Anteriormente, dimos a entender la existencia de esta posibilidad cuando nos referimos a lo beneficiosa que ha sido

la influencia de Mariátegui sobre la mayoría de los partidos de izquierda, al haber generado una actitud mental propicia al encuentro de puntos de vista políticos y programáticos, en base a los cuales se ha forjado Izquierda Unida.

Aquí es preciso señalar que en el desarrollo de esta unidad ha influido también, en notable medida, el contexto surgido después de la Segunda Guerra Mundial, a raíz de la formación del sistema socialista mundial y la descomposición del sistema colonial imperialistas. Estos acontecimientos han determinado un crecimiento muy grande de la influencia de las ideas socialistas, las cuales no sólo se arraigan en la mentalidad de la clase obrera y de otras capas de trabajadores, sino que ganan también la simpatía de la intelectualidad progresista, de los científicos y técnicos profesionales y del estudiantado universitario, de ciertos sectores de la pequeña burguesía.

Siendo ello un factor sumamente valioso del avance social, sin embargo, su contraparte dialéctica consiste en que las nuevas capas no proletarias, incorporadas así a la lucha por el socialismo, no pueden superar de un momento a otro, totalmente, sus hábitos individualistas y el subjetivismo que les es inherente. Esto se traduce en la idealización de «valores» burgueses tales como la democracia «representativa» y las libertades y derechos que ella postula en el papel y que vienen siendo pisoteados desde hace tiempo por las clases gobernantes y el imperialismo. En el Perú, en el campo de la izquierda que no milita en el PCP, pero que se encuentra considerablemente influida por el pensamiento de Mariátegui y el ejemplo de su vida, esa «teorización» pequeñoburguesa se expresa, en el mejor de los casos, en una aceptación sólo parcial de los postulados marxistas-leninistas.

De lo dicho se desprende claramente que a los comunistas peruanos se nos plantean hoy dos tareas determinadas por nuestro propósito de fortalecer el frente de lucha común proyectándolo hacia el futuro. La primera consiste en la necesidad histórica de impulsar la actual unidad política de la izquierda, con objetivos inmediatos mayormente electorales, al plano de un mejor entendimiento ideológico, que nos permitiría no sólo conquistar el gobierno y

el poder político, sino también consolidar esas posiciones y construir la nueva sociedad antiimperialistas enrumbada al socialismo. En otras palabras, tenemos que lograr una común identificación con los legados de Mariátegui no sólo en algunos aspectos, sino en lo esencial de su pensamiento, relacionado con la lucha revolucionaria. La segunda preocupación consiste en evitar que nuestras divergencias actuales deriven en la introducción de una cuña divisionista precisamente en el interior de Izquierda Unida.

Lo que se oculta detrás de los argumentos reformistas

Para apreciar en qué consiste y en qué sentido operan los esfuerzos de los reformistas que desvirtúan la obra de Mariátegui, debemos saber, antes que nada, qué ubicación filosófica e ideo-política le dan sus tergiversadores y en qué se basan. Y, al indagar este tema, debemos recordar que no pocas veces él había fundamentado algunos de sus juicios en conceptos de filósofos o escritores idealistas de distintas escuelas. Entre ellos figuraban, en particular, Bergson, representante del intuitivismo; Nietzsche, exponente del voluntarismo; Spengler, portavoz del fatalismo; Gentile y Croce, del neohegelianismo italiano, así como Sorel, el más alto exponente del anarco-sindicalismo neoproudhoniano, empeñado en conciliar dentro de esta corriente el cristianismo y el anarquismo con el marxismo. Debemos reconocer, igualmente, que en determinadas ocasiones había empleado las palabras «religión» y «mística» para referirse al fervor y entrega revolucionaria indispensables en nuestras luchas, y la palabra «raza» para referirse a los conceptos de nación y nacionalidad.

Pues bien, fundándose en tales menciones, los tergiversadores de la primera vertiente si no niegan de plano la autenticidad marxista de Mariátegui, le dan una connotación conciliadora entre el cristianismo y el materialismo dialéctico, o le califican, sin más ni más, de «soreliano». Los segundos, los de la corriente revisionista pseudo mariateguista, sin dejar de atribuirle una poderosa influencia

idealista, consideran que postuló un «marxismo abierto», diferente o contrapuesto al marxismo-leninismo, que, para ellos, es sinónimo de un marxismo sectario.

Ahora bien, es sabido que la utilización por Mariátegui de algunos conceptos y expresiones no marxistas corresponde a sus primeros años de juventud, al período formativo en Europa, y que fueron siendo superados paulatinamente por él en el curso de su maduración.

Por otra parte, para dar una adecuada respuesta a los seudo mariateguistas que quieren ver en él a un portavoz del «marxismo abierto», basta con recordarles que el marxismo-leninismo, por su esencia dialéctica, nunca ha pretendido realizar una revolución socialista sobre la nada, prescindiendo totalmente del pasado y de los valores provenientes de otras doctrinas. Por el contrario, la revolución que preconizamos sólo ha de destruir las relaciones de producción y los elementos superestructurales que obstaculizan y frenan el desarrollo social, conservando en cambio como elementos favorables al proceso revolucionario, todos los valores positivos heredados de otras épocas y provenientes de otras corrientes del pensamiento. La posición de Mariátegui a este respecto no fue, pues una innovación del marxismo, ni un «marxismo abierto»; sino sólo una versión correcta del marxismo-leninismo.

Empeñados en negar esto último, los amigos seudo mariateguistas aducen que él nunca mencionó en sus escritos el término «leninismo» y que tampoco mostró de manera expresa una posición favorable a la dictadura del proletariado, principio que, según ellos, no es marxista, sino una invención de Lenin aplicable sólo a las condiciones concretas de la Revolución Rusa de 1917. No vamos a detenernos en refutar esto último. En este sentido, bastaría con una simple lectura, por ejemplo, de la carta de Marx a Weidemeyer con fecha del 5 de marzo de 1852, en la cual, al resumir y puntualizar el contenido de su doctrina, dice textualmente: «...la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado...» como una etapa de tránsito hacia «la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases»⁸. Que Mariátegui no hizo suya esta tesis tampoco es cierto. Su identificación doctrinaria con la Revolución de Octubre en Rusia y su defensa ardo-

rosa del Estado soviético y del partido que lo dirige se realizó hasta el fin de su vida, precisamente en los años iniciales del primer Estado socialista cuando el asedio de los intervencionistas extranjeros y de la contrarrevolución interna demostraban prácticamente la necesidad ineludible de ese instrumento. Mariátegui expresó con toda claridad que «la dictadura del proletariado, por ende, no es una dictadura de partido sino una dictadura de clase, una dictadura de la clase trabajadora»⁹.

No está de más subrayar que, tras los argumentos empleados por los revisionistas en su propósito de eliminar el contenido leninista en las concepciones de Mariátegui y atribuirle una recusación del principio de la dictadura del proletariado, se percibe claramente una inspiración socialdemócrata clásica. Son deformaciones dirigidas a fundamentar su conocida y nada original tesis del «marxismo democrático» o «socialismo democrático», sinónimos de la democracia formal que ideó la burguesía y que es incompatible con la democracia real postulada por Mariátegui y por la que luchan los comunistas y que comienza con la socialización de los medios de producción y las principales conquistas materiales y culturales de la sociedad.

El «socialismo nacional» y el internacionalismo revolucionario

Una segunda tesis elaborada por los amigos revisionistas seudo mariateguistas es la que le atribuye una concepción casi exclusivamente nacional de la revolución, distante del proceso revolucionario mundial y ajena, por tanto, al internacionalismo proletario. Tesis que les induce a inventar un supuesto enfrentamiento del fundador del PCP a la Internacional Comunista, distorsionando en tal sentido los desacuerdos surgidos en la Primera Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina (Buenos Aires, 1929) en torno al nombre del Partido Socialista del Perú¹⁰, que entonces llevaba nuestro partido. Los fundamentos de esta tesis son forzados y deleznable. Se apoyan en frases o conceptos sueltos, separados de su contexto, así como en

posiciones y preocupaciones originales en relación a las de otros dirigentes comunistas latinoamericanos.

En torno a lo que sucedió en la Conferencia de Buenos Aires y, más concretamente, en lo que atañe a la cuestión del nombre del partido, se han escrito no pocos trabajos que desmienten contundentemente a los inventores de la presunta «ruptura» o «alejamiento» de la Internacional Comunista. Singular valor documental tiene, en este sentido, la carta dirigida al Grupo de París¹¹, al terminar el evento, por el jefe de nuestra delegación, el Dr. Hugo Pesce. En ella explicaba que la discusión durante el Congreso, así como en sesiones del Comité, se había desarrollado dentro de un ambiente de la más franca camaradería y que los puntos de vista de nuestro partido se habían impuesto en las resoluciones, a pesar de algunas resistencias en sentido contrario manifestadas al comienzo.

En un reciente libro mío, testimonio de experiencias de mi amistad con Mariátegui¹², apporto también claras demostraciones de que no sólo es totalmente inexacta la versión del «alejamiento de la IC» por parte de nuestro partido, que encabezaba entonces Mariátegui, sino que después de la Conferencia de Buenos Aires las relaciones entre ellos se estrecharon aún más y culminaron con la adhesión formal a ese organismo internacional creado por Lenin y que desempeñó un importantísimo papel en el movimiento comunista mundial.

Los dos principales pretextos esgrimidos por quienes quieren encontrar en Mariátegui un inspirador de su «socialismo democrático» y del «socialismo nacional» o «marxismo peruano» son aquella conocida y convocatoria frase del Amauta de «Peruanicemos el Perú» y la idea expresada por él de que «...el socialismo de Indoamérica no ha de ser calco ni copia, sino creación heroica... Tenemos que dar vida con nuestra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano»¹³. Para adecuarlo a sus propias posiciones, nuestros amigos quieren ver en ese concepto un criterio excluyente, como que el postular una revolución peruana que tome en consideración nuestra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, significara preconizar una revolución desvinculada del proceso revolucionario mundial, prescindente de la solidaridad y del

entrelazamiento entre las fuerzas que, en cualquier parte del mundo, luchan contra el imperialismo y por el socialismo.

Sin embargo, aconseja Lenin que «para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico determinado, y después, si se trata de un solo país... que se tengan en cuenta las particularidades concretas que distinguen a este país de los demás dentro del marco de una y la misma época histórica»¹⁴.

Debemos hacer notar, además, que Mariátegui no alude siquiera a la revolución peruana, sino a la Revolución indoamericana o latinoamericana, precisando así su criterio internacionalista. Criterio que adquiere luego su cabal medida en el célebre editorial de *Amauta* número 17, titulado *Aniversario y Balance*, cuando dice: «La revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial»¹⁵.

En relación con la formación ideo-política de Mariátegui y con el contenido de los postulados adelantados por él, conviene señalar también tres circunstancias que, en nuestro concepto, han sido subestimadas hasta ahora por los estudiosos de su obra. La primera consiste en que la asimilación del marxismo la hizo en Europa en los primeros años de la década del 20, a la luz y al calor de la Gran Revolución Socialista de Octubre y de las revoluciones —no triunfantes, pero muy aleccionadoras— que se desencadenaron bajo su influencia en otros países europeos. Refiriéndose a ese período, Mariátegui dijo que su mejor aprendizaje lo hizo en Europa, que allí «desposó» sus ideas y que las experiencias adquiridas en el Viejo Continente le permitieron descubrir en esos años al Perú verdadero, capacitándole para comprenderlo mejor.

La segunda circunstancia consiste en que, al estudiar, muy cerca del escenario, el fenómeno de la Revolución Rusa, Mariátegui percibió con extraordinaria claridad y sensibilidad política, que con ella se iniciaba la crisis general del sistema capitalista y la época histórica de transición universal del capitalismo al socialismo. «Capitalismo o socialismo, ese es el problema de nuestra época», decía el ya citado editorial de *Amauta*¹⁶. Y la primera conferencia dictada a su regreso de Europa, en las Universidades Po-

pulares «González Prada», versó sobre *La Crisis Mundial y el Proletariado Peruano*. En ellas expresó, entre otros conceptos, que «las fuerzas proletarias europeas se hallan divididas en dos grandes bandos: reformistas y revolucionarios... Una parte del socialismo se ha afirmado en su orientación socialdemocrática, colaboracionista; la otra parte ha seguido una orientación anticolaboracionista, revolucionaria. Y esta parte del socialismo es la que, para diferenciarse netamente de la primera, ha adoptado el nombre de comunismo... Yo participo de la opinión de los que creen que la humanidad vive un período revolucionario. Y estoy convencido del próximo ocaso de todas las tesis socialdemocráticas...»¹⁷.

La tercera circunstancia radica en que Mariátegui profundizó con el método marxista, en el estudio del pasado histórico para encontrar las raíces de la estructura y la superestructura actuales del país y precisar el carácter de nuestra revolución. Polemizando con quienes, desde el campo de la reacción, lo tildaban de «europeizante» y trasplantador de «fórmulas foráneas», llegó a la convicción de que, después de las revoluciones burguesas en Europa y Norteamérica, todos los procesos anticolonialistas y antiimperialistas conllevan una fuerte dosis internacionalista, expresada muy claramente en las revoluciones latinoamericanas por la independencia del yugo español. Ese contenido internacionalista se acentúa en la época actual. A ello se refería Mariátegui, cuando escribió: «El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana, pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específica ni particularmente europeo». Y luego, refiriéndose a la época de lucha por la independencia, agregó: «...La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y los continentes, eran, sin embargo, en aquel tiempo mucho menores que en éste»¹⁸.

El indigenismo y el problema nacional

Un cuarto tema utilizado tanto por los detractores como por los deformadores del legado de Mariátegui, en defensa de sus respectivas posiciones, es el problema del indio. Se

trata de uno de los elementos específicos más característicos y sentidos de nuestra realidad. Algunos escritores y sociólogos anteriores a Mariátegui o contemporáneos suyos (Manuel Ugarte, Clorinda Matto de Turner, Pedro Sulen y otros) lo abordaron con honda sensibilidad desde distintos ángulos. Pero los trabajos del fundador de nuestro partido, nutridos en cierta medida por estos aportes, tuvieron un carácter global. Eran, tal vez, los primeros trabajos de investigación seria sobre estos problemas, realizados en América Latina. Mariátegui utilizó los instrumentos científicos del marxismo-leninismo en su análisis de la base económica y social del problema. Por primera vez se estableció con tanta certeza el entrelazamiento del problema del indio —como etnia y como tradición e institución comunitaria— con el problema de la tierra, o problema agrario.

Sin embargo, las tesis de Mariátegui incurren en dos errores: uno de formulación y el otro, más serio, de interpretación histórica. El primero, señalado ya más arriba, consiste en la utilización del término «raza» como sinónimo de nación o de nacionalidad. Y el segundo, en una exaltación del régimen social incaico. Partiendo de estos aspectos vulnerables, los detractores y los críticos de derecha sostienen, de una parte, que Mariátegui se equivoca, exagera el problema racial e idealiza el pasado incaico y, de otra parte, que, al abordar ese problema, confirma su pensamiento no marxista e idealista, el de un romántico añorador del incanato.

Creo necesario anotar que el empleo del término «raza» en vez de «nacionalidad» no implicó una mentalidad racista en José Carlos, como tampoco significó «populismo» la especial importancia que confirió a nuestro problema indígena en su entrelazamiento con el problema campesino. En contraposición a semejante sospecha, Mariátegui dijo categóricamente en su tesis para el Congreso de la CSLA: «El problema no es racial sino social y económico»¹⁹, y en el capítulo de los *Siete ensayos* sobre este tema señaló: «El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como problema étnico o moral para reconocerlo completamente como problema social, económico y político»²⁰. También insistió reiteradas veces

en que la doctrina socialista es la única que da sentido moderno, constructivo, a la causa indígena y que los anhelos del indio sólo podrán realizarse con la ayuda del proletariado.

Algo parecido cabe apuntar sobre la connotación dada por Mariátegui al carácter de clase del imperio incaico, y a una supuesta estructura socialista o comunista original. El error, en este caso, fue determinado, de un lado, por los elementos positivos que percibió en la subsistencia de los hábitos colectivistas y democráticos de las comunidades campesinas indias y, de otro lado, por el alto valor y variedad de las manifestaciones culturales indígenas. También porque en aquella época no habían llegado al conocimiento de Mariátegui y de los estudiosos peruanos los trabajos de Marx sobre el modo de producción asiático y los de Lenin sobre el problema nacional. Tampoco se había profundizado en la investigación antropológica y etnográfica marxista (y no sólo marxista) de las diversas culturas precolombinas de nuestro país y de las correspondientes formaciones económico-sociales.

No obstante ello, el gran mérito de Mariátegui consistió en haber sido, tal vez, el pionero de este tipo de estudios en América Latina y en que abordó en la práctica, aunque con otro nombre y algunas diferencias, el problema nacional de la población indígena.

•

Es muy difícil que algún revolucionario auténtico deje de reconocer en Mariátegui a uno de los primeros y prominentes ideólogos y dirigentes marxistas-leninistas de América Latina. Y es muy difícil también pasar por alto el hecho de que el polifacético y excelso contenido de su labor fueron resultantes de sólo siete años de actividad ininterrumpida. Una labor que constituye hoy llave maestra para el porvenir de nuestra patria, porque las fuerzas de izquierda, que se han unido bajo su inspiración ideológica y política, ya son una real alternativa de poder político popular en el Perú.

Mariátegui se esforzó por sumar a las experiencias revolucionarias de otros países el descubrimiento de las peculiaridades nacionales y de las nuevas posibilidades que

ellas aportan. Comprendió que, en las condiciones del Perú, además de la organización clasista de la clase obrera y del movimiento sindical, además de la organización clasista del campesinado como aliado de la clase obrera, además de la fuerza solidaria del internacionalismo proletario, había que abordar la solución del problema nacional indígena, el desarrollo de las potencialidades revolucionarias de las mujeres trabajadoras y el empuje vigoroso y consciente de la juventud y de la intelectualidad progresista.

La labor de Mariátegui en el campo de la cultura significó el inicio de la revolución cultural en nuestro país, labor orientada en cuatro direcciones: a) la innovación con espíritu científico y progresista del ambiente cultural peruano; b) la incorporación de los elementos culturales autóctonos o indígenas al bagaje cultural del pueblo peruano, también con sentido innovador y revolucionario, a través del movimiento indigenista en literatura y arte, y del abordamiento del problema indígena en los términos que hemos señalado; c) la vinculación del movimiento intelectual, tanto literario y artístico como profesional y estudiantil, al movimiento obrero-campesino; d) el entrelazamiento e intercambio de experiencias, del movimiento cultural peruano con las corrientes intelectuales y culturales más avanzadas y positivas del campo internacional.

La causa por la que luchó José Carlos Mariátegui y el partido que él fundara, viven y conducen adelante a los comunistas peruanos. Junto a ellos, participan en el combate por un futuro mejor todas las fuerzas auténticamente revolucionarias de nuestra sociedad. Refiriéndose al lugar que en la agitada historia del siglo XX le corresponde a este insigne pensador y revolucionario, su caro e ilustre amigo, el escritor comunista francés Henri Barbusse dijo con profundo acierto: «¿Sabéis quién es Mariátegui? Pues bien, es una nueva luz de América. El prototipo del nuevo hombre americano»²¹.

Revista Internacional, N° 12 de 1984

¹ Nacido en una familia pobre, José Carlos Mariátegui empezó a trabajar a los 14 años como obrero de imprenta. Posteriormente, destacó como periodista y dirigente político. Su corta vida es una brillante encarnación del ideal marxista de unidad de la teoría

y la práctica. Dejó a las futuras generaciones no sólo el Partido Comunista Peruano y el movimiento sindical organizado en la estructura de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), sino también numerosos escritos, entre los cuales sobresale su *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), que tuvo profunda repercusión entre los marxistas y sectores progresistas latinoamericanos. —N. de la Red.

² El *Plan Inca*, proclamado por el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada dirigido por el general Velasco Alvarado, proponía importantes transformaciones políticas, sociales y económicas (Reforma Agraria, nacionalización de las empresas imperialistas, desarrollo del sector estatal y del sector autogestionario de los trabajadores, ampliación de los derechos laborales, etc.). —N. de la Red.

³ Se refiere al derrocamiento del gobierno pronorteamericano de Belaúnde Terry, llevado a cabo bajo la dirección del general Velasco Alvarado. —N. de la Red.

⁴ La palabra quechua *amauta* significa «maestro». Así llaman los peruanos al fundador del PCP, J. C. Mariátegui. —N. de la Red.

⁵ Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional-Frente Democrático Revolucionario. —N. de la Red.

⁶ Desde 1928 hasta 1983, se imprimieron 41 ediciones de su libro *Siete ensayos*, con tiraje total de 2.600.000 ejemplares. De sus *Obras Escogidas* (en 20 tomos) desde 1959 se ha publicado un total de más de un millón de ejemplares. —N. de la Red.

⁷ V. I. Lenin. *Obras Completas*, 1ª ed., Cartago, Buenos Aires, t. XXV, p. 379.

⁸ C. Marx y F. Engels. *Correspondencia*, Cartago, Buenos Aires, 1957, p. 47.

⁹ J. C. Mariátegui. *Historia de la Crisis Mundial*, Lima, 1971, p. 149.

¹⁰ Esas discrepancias se reducían, esencialmente, a que algunos participantes en la Conferencia cuestionaron el carácter marxista-leninista de este partido y la amplitud que se le imprimía, basándose en el nombre que llevaba entonces. La delegación peruana, tal como lo había recomendado Mariátegui, defendió el mantenimiento del nombre del partido y refutó contundentemente las equivocaciones a que se prestaba. —N. de la Red.

¹¹ Grupo de destacados intelectuales peruanos adheridos al partido, que vivían en la emigración. —N. de la Red.

¹² Jorge del Prado. *En los años cumbres de Mariátegui*, Lima, 1983.

¹³ J. C. Mariátegui. *Ideología y política*, Lima, 1981, p. 249.

¹⁴ V. I. Lenin. *Obras Completas*, 1ª ed., Cartago, Buenos Aires, t. XX, p. 396.

¹⁵ J. C. Mariátegui. *Ideología y política*, pp. 247–248.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 249.

¹⁷ J. C. Mariátegui. *Historia de la Crisis Mundial*, pp. 19, 21, 22.

¹⁸ J. C. Mariátegui. *Ideología y política*, pp. 248–249.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 45.

²⁰ J. C. Mariátegui. *Siete ensayos*, Lima, 1959, pp. 32–33.

²¹ Véase J. del Prado. *Op. cit.*, p. 179.